

trasfondo, la mentalidad de una comunidad que, por ser afín a la que aparece en otras narraciones de Rulfo, más adelante tendremos ocasión de estudiar.

Nos podemos preguntar ahora sobre los motivos de ese fatalismo religioso presente en el cuento. ¿Debemos interpretarlo como algo connatural con el tipo de personaje característico de Rulfo, inclinado al pesimismo en su actitud vital?, ¿qué parte de responsabilidad tiene la Iglesia como institución (tal como aparece presentada en la obra de Rulfo) en tal concepción religiosa? Sin duda, aún es pronto, a través de lo expuesto hasta ahora en este artículo, para responder con las matizaciones necesarias, pero creo que sí puede decirse que la visión de la religión para los personajes de Rulfo tiene un paralelismo con el resto de sus concepciones vitales. Hasta qué punto la institución eclesiástica es culpable de ello es difícil de precisar, pero, en todo caso, habría que atribuirle una importante dosis de culpabilidad. Ya en *Macario* aparecen dos elementos que más adelante veremos que confirman esta hipótesis: la confesión como medio de salvación (es decir, la Iglesia como institución tiene la llave que abre o cierra esa puerta, y ya veremos el uso que hace de la misma) y la presencia de miembros de la Iglesia, sus curas, de los que una clara muestra negativa ya aparece en *Macario*: el cura que predica acentúa el aspecto de la condenación. Indudablemente es muy difícil desligar la actitud eclesiástica del pesimismo religioso de los personajes de Rulfo.

Presentada ya la problemática religiosa en términos generales, podemos afrontar ahora su estudio con mayor detalle. A continuación expondré una serie de puntos que afectan más directamente al aspecto de la religión como búsqueda de una trascendencia que al tema institucional de la Iglesia.

a) *El sentimiento de culpabilidad.* *Luvina* es un cuento en el que se describe un lugar semidesierto, con mujeres entrevistadas en la lejanía como si fueran sombras, casi irreales. Al final del cuento, el narrador dirá que Luvina es el purgatorio. Esta imagen religiosa de un lugar como «purgatorio» se convertirá en asfixiante en *Pedro Páramo*. Ya al comienzo de la novela, Abundio informará a Juan Preciado que Comala «está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno» (pág. 68). Aunque Abundio se está refiriendo simplemente al calor que hace en Comala, la asociación del pueblo con el infierno es un primer indicio de que Comala es efectivamente la imagen del infierno. Juan Preciado inicia un viaje sin retorno porque ese camino por el que significativamente desciende es el que le conduce al infierno. «Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos» (pág. 70) narrará Juan Preciado cuando comienza a describir Comala, «este pueblo sin ruidos» (pág. 70), dividiendo así la realidad en dos planos opuestos: la vida, que es lo que está más allá de Comala, y la muerte, representada por Comala, aunque el narrador aún en esos momentos no lo sabe. Poco a poco, Juan Preciado irá conociendo también la doble realidad de Comala: el pueblo próspero de los recuerdos idealizados de su madre, el pueblo vivo como cualquier pueblo en tiempos de Pedro Páramo y, por contraposición, el pueblo infernal del que no puede escapar. La división tajante entre Comala edénico/Comala infernal es percibida claramente por el lector. Luvina, un lugar igual al purgatorio; Comala, imagen del infierno..., purgatorio, infierno, términos asociados a una religión punitiva. ¿Por qué la realidad de Comala, ya anticipada en los cuentos, queda

definitivamente fijada por medio de una imagen religiosa que incide sobre el castigo, olvidando el mensaje salvador del catolicismo?

Una respuesta bastante simple la dan los propios personajes de Rulfo: mueren en pecado y, por tanto, se condenan. Buscar las razones por las que los personajes están obsesionados por el pecado es ya otro tema de mayor complejidad. Las ánimas en pena pueblan Comala como resultado de la creencia popular de que las almas de quienes mueren en pecado han de seguir vagando por los lugares donde vivieron. «Si usted viera el gentío de ánimas que andan sueltas por la calle» (pág. 119), le dirá la hermana de Donis a Juan Preciado y, como para cerrar un círculo sin escapatoria, le confesará también que «luego están nuestros pecados de por medio. Ninguno de los que todavía vivimos está en gracia de Dios. Nadie podrá alzar sus ojos al cielo sin sentirlos sucios de vergüenza» (pág. 119). El pecado es una realidad presente continuamente en la novela: es el pecado del suicidio en María Dyada, el pecado de celestina en Dorotea, el pecado de favorecer a los ricos en el padre Rentería, el pecado del incesto en Donis y su hermana. Pero el pecado es algo mucho menos concretizable en realidad. Los personajes de la novela hablan del pecado como algo consustancial con sus vidas, no de un pecado determinado, sino de una situación en la que viven. El lector no puede menos que pensar en la primera pareja edénica al leer el episodio de Donis y su hermana. Comala se convierte así en el mundo irredento del Viejo Testamento, donde todos los hombres son culpables de una falta que no cometieron: la de Adán y Eva. Resulta evidente que los personajes de Rulfo cargan sobre sus espaldas un pecado bastante similar: simplemente el hecho de nacer en ese mundo que Rulfo ha configurado les hace heredar el pecado de sus padres, pero, ¿en qué consiste ese pecado tan inconcreto?

Pienso que la respuesta debe ir relacionada con el tipo de sociedad que Rulfo nos presenta. Con ello entramos en el campo de la interpretación, aspecto sumamente delicado, pues dicho estudio se mueve entre el posible error y las otras interpretaciones también válidas. Sin embargo, el análisis interpretativo es consustancial con el estudio de la obra literaria y en cuanto tal lo afrontamos. Rulfo ha creado un mundo, una sociedad, marcados por la desesperanza, fruto de una serie de violencias que se han ejercido sobre esa comunidad. Es la violencia física encarnada en la novela por Pedro Páramo, por el propio Estado como institución que tiene abandonadas esas tierras, por una revolución en la que tantas esperanzas habían depositado los campesinos y que no les ha solucionado sus problemas<sup>2</sup>; es también la violencia espiritual de la Iglesia como institución que les niega la absolución de sus pecados. Este último punto es, sin duda, muy importante, porque la Iglesia aparece como cooperadora de las otras violencias, bien porque esté unida a los ricos, bien porque contribuya al mantenimiento de este tipo de sociedad. Si, como resultado de todas estas violencias, el mundo creado por Rulfo carece de esperanza, el autor ha querido evidenciar, a mi modo de ver, que no debe aspirarse a una falsa salida de tipo espiritual: las injusticias que han llevado a Comala a ser una imagen del infierno no

---

<sup>2</sup> Desde el punto de vista interpretativo, he estudiado ampliamente estos y otros aspectos en mi libro *Claves narrativas de Juan Rulfo*, León, Universidad de León, 2.ª ed., 1984.

pueden olvidarse para dar paso a una salvación espiritual después de la muerte y de carácter individual, la aspiración a un «mundo feliz» con el que sueñan los personajes de la novela debe concretizarse en la realidad de sus vidas y debe tener un carácter comunitario; de ahí también que el propio Juan Preciado aparezca como una víctima inocente, pero no más que otros personajes, que tiene que pagar unas culpas no cometidas: las de la maldad y la injusticia que dominan esa sociedad. Sin embargo, la interpretación última de la novela de Rulfo no debe ser fatalista: los lectores conocemos las causas de la desdicha de Comala, las mismas por las que, irremediablemente, estaba destinado a su propia condenación. Rulfo opone este mundo a otro justo, deseable (el Comala de los recuerdos idealizados), y hay que señalar que en las últimas escenas en que dialogan Dorotea y Juan Preciado llueve sobre las tumbas de Comala: la lluvia, símbolo en la novela de fertilidad y de felicidad, de vida, en definitiva, puede ser interpretada como la posibilidad y el deseo de que nazca un nuevo Comala justo, distinto, ciertamente, del que como lectores hemos contemplado en la novela, pues éste, significativamente, ya sólo está habitado por muertos. La figura de Juan Preciado adquiere, así, un cierto papel de redentor, es la última víctima de Comala. El, que es el hijo del que simbólicamente encarna la destrucción de Comala, su padre Pedro Páramo, posibilita con su muerte el inicio de una nueva etapa: la del perdón de un pecado ancestral. Comala, mundo del mal, debe ser aniquilado: ese mal es el que crea la conciencia de pecado en los personajes, inconcreto y absoluto a la vez.

Este sentimiento comunitario de pecado, de culpabilidad, está presente de una manera continuada en *Pedro Páramo*, pero también en los cuentos. Es la obsesión que por la condenación tiene Macario, según veíamos, como reflejo del sentir de su comunidad, y está claramente expresado en una frase de *Es que somos muy pobres*: «Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado» (pág. 35).

La culpa, el pecado, también está presente al nivel de la falta concreta. Su análisis ya no tiene el interés del caso anterior, pero significativamente acentúa el clima de pecado en que los personajes de Rulfo viven. Anteriormente se citaban algunos ejemplos en *Pedro Páramo*, a los que pueden añadirse los casos de Justo Brambila en el cuento *En la madrugada* (el incesto), y de Natalia y el hermano de Tanilo en *Talpa* (el deseo de que este último muera).

b) *Las dudas de la fe*. Tratando Rulfo de una comunidad anquilosada, lo natural es que exprese a través de ella las creencias heredadas por tradición, pero difícilmente se podría esperar de alguno de sus miembros un análisis intelectual de dichas creencias. Por eso, es en un personaje como el padre Rentería, hombre al que su posición y preparación eclesiástica le hacen diferente al personaje normal del pueblo, donde Rulfo plantea las dudas de la fe, resultando intencionadamente paradójico que sea él, el pastor de almas, quien no tenga esa seguridad que debe infundir en los demás.

El padre Rentería es un ejemplo de crisis religiosa profunda. Sus dudas sobre su salvación y la de los demás es lo que le caracteriza. A diferencia de los personajes eclesiásticos que en la novela indigenista de las décadas anteriores aparecían esquematizados en su papel de opresores del pueblo, de común acuerdo con los caciques, el padre Rentería mantiene una lucha interior entre su deber con el pueblo y la concesión